

De paso por el aire

MAGNOLIA ITZEL ORTIZ LIMÓN

Estudiante de 8o. Semestre de la Licenciatura en Letras Españolas, Universidad Autónoma de Chihuahua

La habitación setecientos diecinueve era para no fumadores, para la desgracia de Benjamín. Un vuelo transnacional y horas enteras de películas infames que le taladraron el cerebro sin escapatoria.

La habitación quinientos treinta era para fumadores, y en esto la nariz de Esquivel respingó desde que lo supo. No había ruido mortal en ese piso, no había nadie que lo sacara de esa absoluta cotidianeidad con los hoteles. Siempre iba de paso, siempre el vuelo estaba intrincado, por incómodas trece horas entre uno y otro. Quedaba la noche, dormirla entera, pensaba éste al finalizar su taza de café de un solo filtro, de una sola ración de la cafetera.

Benjamín abrió la ventana, o hizo intento de hacerlo, y se dio cuenta de que el hermetismo del cuarto semejava la esfinge. Se acostó mirando el techo, y vio diminutos círculos de plástico, una luz pequeña vibraba en uno de los extremos.

Esquivel pensaba en ese olor tan desconocido; ¿serán cenizas o será que el anterior habitante acababa de irse, dejando rastro de humo? Quizá las paredes guardaban el olor para dar una bienvenida al siguiente fumador habitante. Será un comerciante, o un camionero, he escuchado que fuman para mantenerse despiertos porque manejan de noche, la noche los alberga en las lejanas lenguas de asfalto. Benjamín caminó un breve paseo alrededor de la cama. Todo parecía nuevo. Recordó su casa, que las sábanas no se habían lavado desde que él tiene memoria, y que, sin embargo, olían bien. Puso su almohada entre los brazos, presionó fuertemente para exhalarle un suspiro. Perfume de jazmín. Evidentemente no se llevaron esta almohada al cuarto de lavado. Sería una mujer diferente a las que conozco, se dijo. Una de cara lavada y piernas sin afeitar. De entrepierna suave y caminar tranquilo.

Esquivel no podía conciliar el sueño, y no era precisamente por el café. El olor comenzaba a crear un efecto de fumador pasivo: la adrenalina y la incertidumbre no suelen llevarse bien. Quien durmió aquí antes que él fue quizá un empleado fúnebre, de los que atienden las marchas nupciales, de los que toman fotos en bodas y vuelven a su refrigerador desgastado, al sonido de paredes húmedas. De éstos que hacen fila en el supermercado para comprar sólo un par de baterías para el control remoto.

Benjamín salió al corredor de alfombra roja casi magenta. Dos espejos altos como la pared circundaban la entrada al elevador. Mármol en una mesita, y en el centro de ella un cenicero con piedritas blancas.

Esquivel llama a recepción y pregunta si habrá otro cuarto disponible. Le dicen que pasadas cuatro horas no es posible un cambio, si es por sólo una noche. Pero que, de todas formas, no hay cuartos disponibles. Él baja por el elevador para encontrar al gerente. Pero son las dos de la mañana, quizá para la próxima. Benjamín se recarga en la pared y presiona el botón del elevador, casi sin querer. Esquivel baja apresurado al piso cinco, hablándose a sí mismo y respondiendo al unísono. Benjamín observa despacio la silueta de Esquivel. Unos cuarenta y tantos, se dice. — ¿Fuma? — No, ni quisiera. — Ah, es que no me gustaría prenderlo si lo ofende. — No me ofende, para nada.

Como si el *lobby* sirviera, precisamente, para conocer a las personas que llegan y se van. Llegan a descansar, a reposar la mente en un lugar cerrado, más allá de la cabeza. Quienes se van no dejan algo significativo, todo se mueve tan rápido en este mundo que los olvidos pueden ser una licencia poética. Hablamos no más de cinco minutos, tuve la iniciativa de preguntarle si quería cambiar habitación, pero de nuevo la esencia del jazmín selló las palabras en el humo del cigarro. Su cara no denotaba molestia, los pies con calcetas frotaban el suelo sucio y alfombrado. Nos despedimos, eso creo. Al día siguiente, en el *lobby*, lo vi. Era él. Su vestido, sus medias y el perfume a jazmines explotando no me confundirían más.